

Artículo publicado el 15 de mayo de 2009 en Diario Vasco

Si te amenazan, nos agreden

Dicen que no hay mayor ciego que el que no quiere ver. Por desgracia, en ocasiones y ante determinadas cuestiones que nos rodean y nos afectan porque son problemas de la colectividad en la que vivimos, tomamos la infantil actitud de ponernos una venda en los ojos como si esa venda, además de impedirnos ver lo feo, lo malo, lo injusto... nos hiciera invisibles a su vez ante la responsabilidad de actuar, de hacer algo.

Como hace unos meses, un profesor nos dio una lección de dignidad, responsabilidad y compromiso, no desde su tribuna, sino en plena calle, al tratar de salvar la vida de una mujer agredida por su pareja, recientemente, Juan Pablo vuelve a convertirse en un ejemplo de valentía y, repito, de dignidad. Sin duda alguna, un pago excesivo que pocas personas están dispuestas a realizar. Sin embargo y siguiendo con este ejemplo ilustrador, en nuestra sociedad sí hay personas como Juan Pablo, agresores como Edgard, víctimas como Yasmin y espectadores. Dentro de este grupo hay quienes se identifican rápidamente con Juan Pablo y tratan de ayudarle y hay otros que continúan su tranquilo paseo porque esa pelea no va con ellos.

Cada uno de nosotros de manera absolutamente libre y voluntaria nos colocamos en un lugar de la escena y representamos el papel elegido. Hay quienes voluntaria y libremente utilizan la violencia para tratar de imponerse a otras personas. Estas personas carecen de argumentos, no respetan en absoluto a quienes agreden y su objetivo es someterlos por medio, incluso, de su aniquilación. Es posible que sea un buen abogado o electricista y que quiera a los animales y las plantas, pero esto no resta ni un ápice de su culpa y de su responsabilidad, la del asesino. Hay quienes sufren la agresión del violento. Son absolutamente inmerecedores de la agresión. Pueden pensar de una manera o de la contraria, desarrollar una determinada profesión u otra totalmente distinta, pero no existe justificación alguna para merecer ni el insulto, la amenaza, el ataque o su asesinato. Son las víctimas y siempre son inmerecedoras del ataque del que son objeto. También hay quienes, como Juan Pablo, actúan, no permanecen indiferentes, sino que se rebelan contra esa injusticia. Estas personas se comprometen con la sociedad, con el futuro de la misma, con los principios y valores que nos deben guiar y sostener una convivencia justa y en libertad. ¿Héroes? La mayoría no. La mayoría es gente anónima que no hace más que obedecer a sus convicciones y responder como puede.

Gesto por la Paz, una vez más, nos invita a quitarnos la venda de los ojos y a expresar nuestro profundo desacuerdo con una de las injusticias que se vive en esta sociedad. Nos recuerda el sufrimiento tan grande que sufren miles de personas que viven en Euskadi con la amenaza de muerte. Nos recuerda la existencia de miles de familias atormentadas por esta situación, de miles de

libertades vigiladas, de miles de víctimas a las que no podemos abandonar a su suerte ante la tiranía y el abuso del agresor. Gesto por la Paz nos invita el sábado, 16 en Donostia a acudir a una concentración tanto a quienes ya han dado el paso de actuar, como a quienes han seguido hasta ahora manteniendo esa venda que nos hace más seguros y confortables como si las consecuencias de semejante injusticia no nos fuera a afectar, como si no nos afectara ya. Aprovechemos este paso para arropar a quienes viven perseguidos en nuestra sociedad.

Isabel Urkijo Azkarate